



NÚMERO EXTRAORDINARIO

SIN RESPETO POR LA HISTORIA

Una biografía de Franco manipulada

LA CONSPIRACION Y LA GUERRA
CIVIL PARA PAYNE Y PALACIOS

CONSPIRACY AND THE CIVIL WAR
ACCORDING TO PAYNE AND
PALACIOS

Juan Carlos Losada

Jlosada1@yahoo.es

Recibido: 14/05/2015. Aceptado: 27/07/2015

Cómo citar este artículo/Citation:

Losada, Juan Carlos (2015). "La conspiración y la Guerra Civil para Payne y Palacios, *Hispania Nova*, *Hispania Nova*, nº 1 Extraordinario, págs. 136-149, en <http://e-revistas.uc3m.es/index.php/HISPNOV/issue/archive>

Copyright: © HISPANIA NOVA es una revista debidamente registrada, con ISSN 1138-7319 y Depósito Legal M 9472-1998. Los textos publicados en esta revista están –si no se indica lo contrario– bajo una licencia [Reconocimiento-Sin obras derivadas 3.0 España](http://creativecommons.org/licenses/by-nd/3.0/es/deed.es) de Creative Commons. Puede copiarlos, distribuirlos y comunicarlos públicamente siempre que cite su autor y la revista y la institución que los publica y no haga con ellos obras derivadas. La licencia completa se puede consultar en: <http://creativecommons.org/licenses/by-nd/3.0/es/deed.es>

Resumen: Stanley Payne y Jesús Palacios escriben una presunta biografía de Franco que es una apología de la figura del dictador, en donde se evitan las referencias críticas y datos objetivos hoy demostrados para lograr ensalzar su figura. Para estos autores la conspiración contra la República estaría justificada dada la falta real de democracia en España y el deterioro social; para ellos el régimen republicano estaría prácticamente violando la legalidad, por lo que rebelarse contra él no sería ningún acto ilegítimo. En este marco el asesinato de Calvo Sotelo sería el factor decisivo que alentó a Franco a sublevarse. Ante este panorama la guerra sería el mal inevitable llevada con bastante eficacia por Franco, no cayendo en una excesiva represión ni durante la contienda ni al final. Igualmente reducen las cifras de la represión que causan los sublevados, añadiendo presuntos elementos que la atenuarían, y exaltan la capacidad estratégica de Franco negando que sus decisiones militares ralentizaran el ritmo de la guerra. Por último reproducen los tópicos de Juan Negrín como agente de Moscú, reproduciendo todos los tópicos convenientemente actualizados de la vieja historiografía franquista.

Palabras clave: Franco, Apologías, Conspiración, Guerra civil, Tergiversación

Abstract: Stanley G. Payne and Jesus Palacios have written a self-proclaimed biography of Franco which is actually an apology in favour of the late dictator. In order to extoll his historical figure critical analyses and objective facts are omitted. For both authors the conspiracy against the Republic was justified because of the lack of democracy in Spain and the high degree of social unrest. For them the Republican regime was in practice violating the legality. On this basis a rebellion against it was not illegitimate. In this context Calvo Sotelo's murder was the decisive factor which pushed Franco to rebel. The war appears as an unavoidable evil. Franco carried out the fight with reasonable efficiency and did not fall prey to excessive violence either during the war or afterwards. Payne and Palacios drastically reduce the amount of violence lashed out by the rebels and add some alleged factors which militated in the same direction. They extoll Franco's strategic capability and oppose the view that his military decisions kept the war going for too long. They take refuge in the customary topics about Juan Negrin being a Moscow agent and adhere to the conveniently modernized Francoist myths of the old historiography established during the Franco regime.

Key words: Franco, Apology, Conspiracy, Civil War, Manipulation

La obra de Payne y Palacios (en adelante P/P) tiene, a mi humilde juicio, un defecto de partida que condiciona todo su contenido. Parte de una valoración determinada de Franco y, en función de esa valoración, se construye una biografía aportando los datos o las opiniones que respalden dicha opinión. Por ello no se vacila en omitir, ocultar o despreciar otros datos y conclusiones surgidos de numerosas investigaciones que pudiesen contradecir dicha previa opinión, resaltando y dando gran valor, en cambio, a otros que ya pueden haber sido superados, desmentidos o simplemente matizados, pero que tienen el mérito de respaldar la consideración que nuestros autores tienen de Franco. Este es el pecado original de esta biografía. Porque si bien es totalmente legítimo que P/P tengan una valoración en cierto modo positiva de Franco, o indulgente o comprensiva o como se quiera calificar sobre el dictador, es poco honesto intelectualmente el trabajo de expurgación de datos al que se han dedicado con ahínco. Más honrado es exponer todos los argumentos, aunque contradigan la ponderación apriorística que se plantee por parte de los autores, criticándolos convenientemente si consideran que son poco rigurosos, que no omitirlos o caricaturizarlos dirigiendo al lector a las conclusiones que ya pretenden de antemano los autores.

Esta falta de honestidad intelectual se ve claramente en las omisiones de estudios de referencia, de obras de cabecera por todos aceptadas como piedras maestras, sobre los temas aquí abordados. Para nuestros autores las obras que mejor han estudiado la conspiración del 18 de julio de 1936, así como el desarrollo de la Guerra Civil y de sus principales protagonistas políticos y militares, no existen. O si se consideran lo son únicamente para incluirlas en la bibliografía (y a veces ni eso) para que no se pueda decir que se han obviado, ignorando las aportaciones contundentes que aportan sobre los distintos temas. Al menos deberían molestarse en contestarlas, en rebatirlas con otros datos o pruebas... Pues no, se condenan simplemente al ninguneo confiando en que el crédulo lector las ignore. Es particularmente escandalosa la ignorancia de los argumentos y tesis que se han desarrollado con toda solvencia en las obras más recientes de autores como José Luis Ledesma, Fernando Hernández, Eduardo González Calleja, Ángel Viñas, Gabriel Cardona, Fernando Puell, Julián Casanova, Enrique Moradiellos, Ricardo Miralles, Paul Preston, y un largo etcétera. Para los autores de la hagiografía de Franco sus aportaciones no valen nada y siguen anclados en las tesis más tradicionales que ya eran las que sostenía Ricardo de la Cierva. Es como si nada se hubiese aportado en cuarenta años al estudio de Franco, su régimen y la Guerra Civil. Lamentables son el juego de manipulación y la omisión deliberada de datos. Obviamente incluyen bibliografía y se basan en datos de la misma que están totalmente desfasados o que son sencillamente falsos por el mero hecho de venirles muy bien para sustentar sus tesis.

Ciertamente la historia no es un saber o disciplina exacta. Está sujeta a valoraciones y opiniones subjetivas y, en muchas ocasiones, no hay pruebas definitivas e irrefutables de los sucesos. La historia oral es muy frágil desde el punto de vista del rigor y muchos documentos no se encuentran en los archivos, sea por extravío accidental, por su destrucción premeditada o porque simplemente nunca han existido para no dejar ningún rastro o prueba de tal o cual orden o directriz. Ello nos lleva a otro

aspecto muy importante que hay que reconocer, aunque a los historiadores nos reviente el hígado: hay sucesos que nunca podrán demostrarse fehacientemente, aunque todos los indicios apunten en una dirección concreta, por lo que en numerosas ocasiones nos moveremos en el terreno de las probabilidades aunque tengamos la certeza absoluta de que esto a aquello es lo que ha sucedido. Pero todos estos condicionantes no eximen al historiador de su obligación moral de actuar con rigor y honestidad intelectual y, por ejemplo, no pueden hacerse afirmaciones contundentes sin apoyarlas en alguna fuente contrastada confiando únicamente en que el lector se lo crea cándidamente.

En la línea de lo expuesto, y en el periodo de la conspiración militar que se fraguó a lo largo de la primavera y el verano de 1936, nuestros autores se empeñan en desarrollar la historia en dos ejes principales, estando el primero destinado a explicar el ambiente socio-político de aquellos meses. Para empezar rescatan la tesis genuinamente franquista de que la elecciones de febrero de 1936 fueron fraudulentas, lo que anularía toda legitimidad democrática al gobierno del Frente Popular, lo que ya hace mucho tiempo Javier Tusell, nada sospechoso de izquierdismo, desmintió rotundamente en su obra *Las elecciones del Frente Popular en España*¹. A continuación exponen una coyuntura política y social de aquellos meses de la II República especialmente explosiva, de modo que explicase perfectamente el estado de excepción en el que se entraba el país y que, por tanto, hacía más que comprensible y hasta justificado el movimiento insurreccional que se estaba gestando. También abundan en que el grado de polarización y de violencia política era de tal calibre, sobre todo por parte de la izquierda, que justificaría, al menos en parte, la actitud de la derecha que siempre sería de una violencia defensiva frente la ofensiva de la izquierda.

El capítulo 5, titulado **El colapso de la República (1936)**, comienza afirmando una primera falsedad cuando señala que solo una pequeña parte de la derecha estaba por las estrategias golpistas, mientras que la izquierda estaba mucho más inclinada a los golpes revolucionarios. Los abundantes estudios que hay sobre el tema establecen que, precisamente, la mayor parte de las derechas estaban contaminadas de los ambientes fascistas de la época tan presentes en Europa. Y para ello no hace falta recurrir a partidos declaradamente fascistas o simpatizantes de su causa como la Falange de José Antonio Primo de Rivera, o a la Renovación Española de José Calvo Sotelo, o a los carlistas, o al Partido Nacionalista Español del doctor Albiñana. Recordemos los grandes retratos del jaleado “jefe” José María Gil Robles de la CEDA que con su programa de estado corporativo y sus uniformadas juventudes de la JAP, en teoría la formación derechista más aceptaba el régimen parlamentario, también caía en las tesis intelectuales y estéticas de los fascismos tan en boga por entonces, hacia los que se deslizaba cada vez más abiertamente como puede comprobarse en sus discursos. Ello es comprensible, porque la España polarizada de principios de 1936 no era sino un buen reflejo del mismo proceso que se estaba dando en toda Europa en los mismos años. El fascismo estaba de moda, representaba una reacción presuntamente moderna e intelectualmente atractiva frente a la amenaza comunista, lo que redujo en gran medida el peso de las tradicionales posiciones políticas liberales y democráticas de centro y derecha. El resultado es que se fue acentuando el peso de las dos Españas enfrentadas, decididas a exterminarse mutuamente, y que devoraban a esa tercera España que tan bien glosó en 1998 Paul Preston², un sector que aunque sociológicamente podía llegar a ser mayoritario quedó desbordado y

¹ Javier TUSELL, *Las elecciones del Frente Popular en España*, Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1971

² Paul PRESTON, *Las tres Españas del 36*, Debolsillo, Barcelona, 2011

arrastrado por el proceso de radicalización. La izquierda lo sufrió en buena medida, pero la derecha lo experimentó en igual o en mayor grado.

En las siguientes páginas nuestros autores no dudan en achacar alegremente a Alcalá Zamora una actitud muy poco respetuosa con la legalidad republicana sin apoyarse en ningún dato concreto y de relieve. La cuestión es insistir en que las autoridades legales de la República eran las primeras en incumplir las leyes y, de esta manera, se va legitimando el posterior levantamiento. Lo mismo cuando acusan a la izquierda de ser la casi única impulsora de la violencia desatada en aquellos meses, afirmación que no resiste un estudio detallado que, como poco, demostraría que la derecha (incluyendo a los partidos fascistas) fue la instigadora de no menos de la mitad de los atentados sangrientos de aquellos días. Igualmente gratuita es la afirmación de su página 131 de que “el Frente Popular no era más que el caballo de Troya para la revolución violenta”, lo que supone ignorar el programa electoral público y oficial, conocido por todos los historiadores, en donde se reflejaba el distanciamiento del mismo de cualquier veleidad revolucionaria y se recogen explícitamente, por ejemplo, las discrepancias que existen entre lo que propugnan los sectores de centro izquierda (no aceptan la nacionalización de la tierra y la banca) y otras fuerzas más obreras que sí lo propugnan. En base al texto del programa electoral no se puede hablar de programa revolucionario; decir que el Frente Popular es el “caballo de Troya” de una revolución es juzgar intenciones que, si bien algunos sectores revolucionarios pudiesen albergar, Izquierda Republicana, E.R.C., los partidos republicanos de centro izquierda y buena parte del PSOE no estaban dispuestos a suscribir. Lo que sí se desprende nítidamente del programa electoral es que el punto de unión de todas las fuerzas era, aparte de la amnistía, reanudar las reformas iniciadas en 1931, pero estos dos puntos no son ni, por asomo, la antesala de la revolución que nuestros autores parecen agitar como gran amenaza.

Sin embargo, y a pesar de estas afirmaciones sobre las intenciones revolucionarias de la izquierda, en las páginas siguientes reconocen que gran parte de la derecha, incluyendo Franco, no veían un riesgo revolucionario inmediato, cosa que contradice las apocalípticas visiones de revoluciones sangrientas que anuncian. Líneas después dan un salto importante cuando afirman de nuevo, recuperando uno de los más viejos argumentos franquistas, que las elecciones de febrero de 1936 estuvieron plagadas de irregularidades lo que supondría la ilegalidad del gobierno del Frente Popular dando, otra vez, legitimidad al golpe de estado que se estaba preparando. Esta conocida tesis ya fue desmontada por varios historiadores desde el mismo franquismo (el ya citado Javier Tusell no era precisamente ningún bolchevique camuflado) y nadie ha logrado demostrar lo contrario ni afirmarlo con respaldo argumental. Las irregularidades que según ellos pudo haber (y que repiten insistentemente en varias ocasiones y en distintas páginas) no se detallan ni se cuantifican, ni se analizan a cuantos votos o diputados pudo afectar, o si ello pudo haber cambiado el resultado general de las elecciones (obviamente no, porque seguro que en ese caso lo habrían dicho), pero en cambio sí se sienten autorizados a afirmar y a concluir en base a ellas nada menos, en la página 135, que “las elecciones democráticas habían dejado de existir”; obviamente una rotunda y tremenda exageración cuando no una clara falsedad. Más tarde seguirán insistiendo en que el gobierno violará la legalidad repetidamente, dando pábulo implícito (otra vez) al argumento de que el ser un gabinete ilegal supondría, automáticamente, que la sublevación que se efectuará meses después igualmente no sería ilegal pues se realizaría contra un poder corrupto. Con ello no hace más que recuperarse el viejo argumento que el franquismo ya desarrolló desde el principio de la misma guerra civil: la República era un régimen ilegal y sublevarse contra él no solo era un derecho sino un deber de todo español bien

nacido. Por ello conspirar contra el régimen no fue algo sancionable moralmente, pues fue conjurarse contra un sistema corrupto que ponía en riesgo a España y a los españoles. P/P no niegan las acciones conspiratorias contra la República, pero está claro que en el panorama que esbozan quedan totalmente justificadas.

Cuando habla de Franco y de su llegada a Tenerife tras haber participado en unas primeras reuniones conspiratorias en Madrid, nos presentan a un general que a pesar de ser recibido con hostilidad por la izquierda tinerfeña, “se acercó a la zona portuaria en varias ocasiones para hablar con los trabajadores y averiguar sus verdaderas intenciones” (página 138). Esta afirmación no sólo es imposible de creer sino cómica. No está respaldada por ninguna fuente y conociendo mínimamente la personalidad de Franco y su dificultad para el trato cordial y cercano, es absolutamente demencial creer que el futuro caudillo, en un alarde de arranque humanitario, fuese en persona a charlar con los estibadores del puerto ¡¡además en varias ocasiones!! Su elitismo, bien acrecentado por su esposa, siempre le impidió tener gestos campechanos y dicharacheros. Además, en aquel ambiente hubiese sido una temeridad por su parte semejante acción. Es evidente que la afirmación de nuestros autores obedece al simple deseo de presentar una imagen paternal y amable del futuro dictador. Tampoco se mencionan sus intensos y constantes contactos con los conspiradores de la península para estar al tanto de la situación, así como de la petición del avión que debía trasladarle a la península. Sin embargo se explayan en otra cómica afirmación: el futuro caudillo era un deportista nato y ansiaba ir a jugar al golf a Escocia (página 140); ¿de dónde lo sacan?

Páginas después se nos vuelve a insistir en el clima de huelgas que había en aquel año de 1936, de incendios, de asaltos y saqueos a propiedades, y les lleva a afirmar que España se asomaba a una situación prerrevolucionaria. Ciertamente la situación social estaba lejos de la calma, y es cierto que había violencia y decenas de muertos. Pero ello no era responsabilidad únicamente de la extrema izquierda, estando también documentados perfectamente los atentados de pistoleros falangistas. Obviamente, una vez más, tal panorama está destinado a presentarnos un entorno explosivo que justificará el golpe de julio. De hecho con estos razonamientos se rescatan (una vez más), aunque con otras palabras, los viejos argumentos franquistas del peligro bolchevique que se cernía sobre la República y que los generales no hicieron otra cosa que conjurar con su rebelión. Pero, sin embargo, por otra parte reconocen (página 140) que “no había indicios claros de que los revolucionarios fueran a hacerse con el gobierno”, lo que constituye una nueva contradicción con la teoría de la amenaza revolucionaria antes expuesta. ¿En qué quedamos?

El capítulo sigue con las famosas indecisiones de Franco en las semanas antes del golpe de estado. Ciertamente nuestros autores no las esconden pero reconocen que hasta el 13 o 14 de julio no decide sumarse al golpe. Obviamente nunca se sabrá a ciencia cierta todos los elementos que decidieron a Franco virar su postura. Sin duda el asesinato de Calvo Sotelo con las consiguientes reacciones generadas influyó, pero de un modo mucho menor que el que luego los mismos golpistas y el régimen franquista afirmaron. Lo que sucede es que este asesinato permitió la excusa del argumento de la indignación moral, de la gota que colmó el vaso de la violencia republicana, lo que sirvió al franquismo como pretexto magnífico. Sin duda este suceso sacudió la conciencia de Franco pero ya estaba decidido a hacerlo, tenía todos los resortes controlados y los riesgos eran mínimos. El golpe estaba en marcha y a pesar del regalo que supuso el asesinato de Calvo Sotelo, la acción se hubiese producido igual y la incorporación de Franco se hubiese también dado. Pero este argumento del

asesinato es el único que proporcionan los autores y, conociendo el proceder del general, es evidente que no fue el único ni mucho menos el más importante.

También es conocido que en todo momento quiso nadar y guardar la ropa, jugando a todas las bazas y no queriéndose comprometer hasta estar tener todo bajo control y asegurarse, en lo posible, todos los factores. Recordemos que Franco fue siempre un político calculador que jugaba siempre bajo seguro, arriesgando lo mínimo, nada audaz ni amante de la improvisación, por lo que todas las garantías que le ofrecían incluso a pesar de saber probablemente del apoyo que se le iba a prestar rápidamente desde la Italia fascista, le parecían siempre pocas. Quería jugar siempre a caballo ganador, no asumir riesgos innecesarios y no romper amarras con ningún lado y más sabiéndose objeto de deseo y preocupación por parte del Gobierno y del jefe de la conspiración, el general Mola. Solo desde esta óptica es posible comprender sus continuas vacilaciones, su famosa carta a Casares Quiroga que, como señala Preston, al no ser contestada fomentó en él un odio mayor hacia el gobierno, y sus vaivenes antes de que estallase la guerra. Sin duda la negativa experiencia de Sanjurjo en 1932 pesaba mucho en su ánimo.

El asesinato de Calvo Sotelo fomentó ese estado de opinión en muchos militares y dio una terrible emotividad aún más sus posturas antigubernamentales. Sin duda Franco lo palpó en su círculo de colegas. En ese ambiente de echarse al monte cada vez más generalizado él, no podía quedarse atrás. Recordemos que el sentido grupal, la presión de los compañeros, era muy importante en el ejército. Hacían falta convicciones muy sólidas para oponerse a las corrientes predominantes de las salas de banderas y fueron muchos los jefes y oficiales que aquellos días se vieron arrastrados, en contra de sus convicciones, a adoptar una u otra postura que en condiciones menos exasperadas jamás se hubiesen producido. Fueron bastantes guarniciones y cuarteles en los que los oficiales llegaron a votar sobre qué hacer aquellos días, llegando a primar el compañerismo, el sentido de camaradería por encima de las convicciones personales o políticas.

En este crisol de factores que fueron decantando su opción hacia el pronunciamiento abierto, P/P también se olvidan de citar los sobornos que Juan March, el mismo que financió el golpe, dio a los principales militares que organizaron la insurrección. Obviamente no hay copias de los extractos bancarios pues nadie estaba interesado en que quedasen registros de los mismos. Pero son varios los testimonios que apuntan a que Mola, Franco y otros se sumaron al complot una vez tenían las espaldas cubiertas, económicamente hablando. Esto es de sentido común y cuadra perfectamente con que Franco enviase a Francia en un barco a su mujer y a su hija horas antes de iniciarse la sublevación. ¿Con qué fondos iban a sobrevivir en el extranjero en el caso de que el golpe fracasase? ¿Quién iba a pagar el sueldo de un general traidor exiliado teniendo en cuenta que ni él ni su mujer eran poseedores de una gran fortuna personal? La condición humana, el mero instinto de supervivencia, hace muy lógica la explicación de que una seguridad económica en el extranjero y la familia a salvo, ayuda mucho a ser héroe y jugarse la vida por los “ideales”. En este aspecto la historia de Franco y de otros generales no iba a ser diferente de la de muchos otros golpistas del pasado que solo se lanzaban a la aventura si tenían un refugio asegurado.

En la página 153, se afirma sin ninguna prueba algo tan grueso y grosero como que “algunos líderes revolucionarios llevaban meses invocando la necesidad de una guerra civil, y el sector socialista de Largo Caballero estaba intentando precipitar una revuelta militar desde hacía semanas.... Y en un giro perverso, dieron la bienvenida a la rebelión militar...” Esta afirmación supone una barbaridad y no

está sustentada por ninguna fuente. El hecho de que hubiese algún presunto revolucionario descerebrado que lo pensase o afirmase, no autoriza a dicha generalización. En todo caso se debería aclarar quiénes eran esos líderes revolucionarios, contextualizar sus palabras exactas, y no dejarlo en el aire sin concretar dando una imagen totalmente falsa de la realidad.

Luego P/P siguen hablando machaconamente del ambiente de caos y revolución que se daba, de “las violaciones sistemáticas” de la ley, etc. dando a entender de que era el gobierno del Frente Popular el que estaba detrás. Esta responsabilidad se extiende, nada menos, que al asesinato de Calvo Sotelo, afirmando que fue el ministro de la Gobernación quien permitió el crimen pues “les dio autorización, violando la legalidad una vez más”, refiriéndose a la patrulla que fue a detener al diputado (página 151), sin citar prueba ni fuente que respalde la presunta autorización. Lo sabido hasta ahora es que los asesinos de Calvo Sotelo actuaron por su cuenta amparados en las credenciales de guardia civil del cabecilla. La gran novedad de la inspiración o consentimiento explícito del ministerio de la Gobernación para tal acción, merecería algún apoyo documental.

P/P no se atreven, en cambio, a ignorar la muerte del general Balmes que desde hace unos pocos años ha puesto sobre el tapete el profesor Ángel Viñas. Reconocen que fue un hecho de una gran transcendencia pues facilitó enormemente el embarque de Franco en el avión que le había de trasladar a África. Sin embargo siguen defiendiendo la opinión de que fue una muerte accidental, un hecho fortuito, y que la tesis de Viñas es conspiratorial. Obviamente, y como en los sobornos, nadie va a dejar escrita una orden de asesinato. Miles de crímenes cometidos en la historia no tienen rastros documentales y las instrucciones se han dado verbalmente, de modo velado, y además y generalmente por parte de personajes intermedios. Pero ello no quiere decir que no hayan existido. Las casualidades poco existen en la historia. Además todas las pruebas circunstanciales, las profundas sospechas, apuntan a que Balmes sí fue asesinado, como también lo fueron en los días y semanas después cientos de jefes y oficiales (aunque convenientemente vestido de la pseudolegalidad que impondrán los golpistas) que se negaron a secundar el golpe. Además, dentro de la lógica de la sublevación era una acción represiva normal y necesaria para conseguir el fin supremo de salvar a España, por lo que tampoco sería objeto de especial escándalo. La única diferencia es que se perpetró antes del golpe, lo que le convertiría en un crimen especialmente odioso y que mancharía la bondadosa o justiciera imagen de Franco y de los “salvadores de España”. Pruebas directas e irrefutables que permitan dar los nombres de los asesinatos directos puede que no existan, pero circunstanciales sí.

El capítulo acaba repartiendo por igual las responsabilidades entre gobierno republicano y entre generales golpistas por la insurrección que se iba a producir en pocos días. Es cierto, innegable, que las fuerzas republicanas, sus autoridades y la izquierda en su conjunto cometieron importantes torpezas, errores, excesos y crímenes que contribuyeron al clima de polarización social. No se puede negar que sectores del gobierno tenían posibles revueltas izquierdistas tanto o más que el golpe militar que se venía anunciando, y que las posiciones centristas o conciliadoras se estaban viendo cada vez más desbordadas por los acontecimientos. También es evidente que las autoridades republicanas despreciaron el verdadero peligro que suponían los movimientos conspiratoriales y que podían haber hecho mucho más por desactivarlos que no pedir ingenuamente la palabra de honor a varios de los conspiradores de que no estaban comprometidos en ningún complot. En general sería insensato negar que también, fuese por acción, omisión, debilidad, etc., las fuerzas republicanas y el gobierno tuvieron su parte de responsabilidad en los acontecimientos que estaban a punto de desencadenarse. Luego, al

poco de estallar la sublevación, también fue un error indudable que el gobierno disolviese las unidades del ejército rebeldes, pues supuso que muchos de sus componentes desapareciesen del mapa sin poder encuadrarse en el ejército de la República. Pero también está demostrado que la decisión de dar armas a las organizaciones obreras fue un imperativo dictado por las circunstancias y que despertó repugnancia y recelo en las mismas autoridades por el uso que luego se hizo de ellas.

Nadie hoy elude que las fuerzas republicanas cometieron errores, irresponsabilidades, imprudencias, provocaciones, que la reiterada política anticlerical que llevó a cabo la República fue un tremendo error y de una torpeza mastodóntica. Sin embargo no cabe equiparar el grado de responsabilidad pues no hay que dejar de recordar que el ejército debía lealtad al gobierno y a la República, por lo que sublevarse contra ella era un simple delito de traición. No puede compararse una acción hostil cometida desde el exterior del estado con ánimo de destruirle, como puede ser una acción revolucionaria, que merece su condena y represión, con la que puedan cometer los funcionarios militares que con las armas que para defender su orden institucional les ha confiado el estado, se levanten contra él. Ambas acciones atacan la democracia, pero una es cometida desde el mismo interior del estado por agentes que en su momento le juraron lealtad, lo que la hace mucho más grave. Por ello no pueden repartirse culpas por igual, al 50%, tanto de la guerra civil como de la carnicería que estaba a punto de desatarse. La guerra civil la provocó quien de modo organizado se sublevó contra la legalidad con ánimo de derribar al gobierno; no quien dio armas a la población como respuesta al golpe. ¿Acaso se pretendía que el gobierno se rindiese ante los sublevados y aceptase su dictado? Visto el posterior desarrollo de la guerra esta rendición hubiese ahorrado centenares de miles de muertos y, posiblemente, Franco no hubiese subido al poder. Con los acontecimientos ya consumados es muy fácil decir lo que hubiese sido mejor o menos malo. Pero en ese momento la República no tenía más opción que presentar batalla en defensa de la legalidad, de la democracia y de los millones de ciudadanos que habían elegido su gobierno.

En el capítulo 6, **Franco se convierte en generalísimo (1936)**, se aborda la subida de Franco al poder en medio de los primeros meses de la guerra. Al poco el texto entra en la represión que se efectuó en las dos zonas y afirma que: “La represión de los militares alzados fue algo más amplia.” A estas alturas de las investigaciones históricas, una vez excavadas bastantes fosas comunes e inventariados con bastante rigor los asesinados por parte de ambos beligerantes, se puede afirmar que en el terreno republicano las víctimas ascendieron a unas 50.000 y en el sublevado, según los últimos recuentos, a unos 130.000, sin contar con los que se darán una vez acabada la guerra sea por fusilamientos o por muertes en los penales debido a las malas condiciones de salubridad, que se pueden cifrar en otras decenas de miles. Aún teniendo en cuenta la inexactitud de las cifras, la desproporción entre las dos represiones es muy importante como para decir simplemente (página 170) que “fue algo más amplia”. Aquí los autores han ignorado deliberadamente los últimos estudios al respecto y, ciertamente, ello no deja de ser una visión muy sesgada y parcial de la realidad. Un simple dato que es terriblemente elocuente y de deliberada ignorancia: en la bibliografía no se recoge en ninguna parte la obra de Paul Preston *El holocausto español*³ que, aunque quepa discreparse de ella en ciertos puntos, es un indudable aporte actualizado sobre la magnitud de la represión en la Guerra Civil. Tampoco se puede afirmar con rigor que la represión se atenuó en noviembre de 1936, como dicen nuestros autores. Los datos recogidos en las últimas décadas sobre todas las poblaciones que los

³ Paul PRESTON, *El holocausto español*, Debate, Barcelona, 2011

sublevados fueron tomando dejan claro que las encarcelaciones y ejecuciones siguieron a lo largo de toda la guerra. Es además sabido cómo durante toda la contienda los italianos se quejaron del exceso de dureza represiva que Franco practicaba. No hubo ninguna atenuación. Sí se puede hablar de racionalización más sistemática, pero no de reducción de ejecutados. Los autores yerran. La República fue moderando y llegó a controlar significativamente la represión cuando Negrín subió al poder en mayo de 1937. En cambio en el campo franquista las ejecuciones serán constantes a lo largo de toda la guerra.

Por otra parte nuestros autores tratan de esquivar un tanto las responsabilidades de Franco sobre la ejecución de su primo Ricardo de la Puente Baamonde que estaba al frente del aeródromo de Tetuán (hablan de que Franco “palideció”) pero no hay duda que no movió un dedo para evitarla demostrando su crueldad absoluta, incluso con su familia cercana, solo por el mero hecho de las diferencias ideológicas; ¿dónde queda la “palidez”? Franco, una vez sumado a la sublevación, iba a demostrar que era capaz de llegar hasta el final y más en cuanto a la aplicación de las directrices de Mola respecto a ser implacable. Que, como dicen nuestros autores, fuese compañero de juegos en la infancia con su primo no le impidió odiarle por no ser partidario de la dura represión en Asturias. Desde entonces sus diferencias ideológicas se habían acentuado y, los hechos lo demuestran, ello le llevó a fusilarle como simple castigo por no sumarse a la rebelión.

A continuación P/P comienzan a desarrollar el tema de las operaciones militares y nos encontramos con una afirmación muy sorprendente en la página 171, según la cual el avance por Extremadura permitía “una vía de escape de los milicianos embolsados para que pudieran huir y, de esta manera evitar el problema de tener que ocuparse de mantener y vigilar a más prisioneros”. Esta tesis, que ofrecería una visión de cierta indulgencia en las ansias represivas de los rebeldes, solo se apoya en la cuestionable obra de Francisco Pilo⁴, brillando por su ausencia cualquier referencia a otra obra de especialistas militares necesaria para afirmarla con tanta rotundidad. Al contrario; Franco y los militares que le acompañaban, todos curtidos en las guerras de Marruecos y con el estilo de las mismas, no se preocupaban excesivamente por los prisioneros. Recordemos el episodio de Badajoz y luego la insistencia de los sublevados ante las autoridades portuguesas en que se les devolviesen a los huidos al país vecino. La dura represión ejercida sobre miles de milicianos capturados por parte de las columnas que ascendían por Extremadura desmiente esta tesis que, además, contravenía el objetivo elemental de Franco y del resto de militares de impedir que el enemigo se pudiese reorganizar de nuevo una vez huido o replegado. Si los milicianos huían eran porque escapaban en desbandada al ver como sus posiciones quedaban rotas y desbordadas y no porque generosamente se les hubiese dejado una vía de escape. Los sublevados procedían a fusilar o apresar a todo el que le hiciese frente o sospechoso de ser simpatizante del Frente Popular y, a tal efecto, se construyeron campos de concentración desde los primeros días de la guerra. Era la lógica de exterminar y aterrorizar al enemigo y Franco la aplicó con esmero.

El siguiente punto polémico es la decisión de Franco de detener el avance directo sobre Madrid y dirigirse a liberar del cerco al Alcázar de Toledo. Hoy ningún historiador cuestiona que fue un grave error militar, y que ya en su momento fue criticado por los alemanes e italianos, aparte de por muchos mandos sublevados. Madrid podría haber caído por no tener apenas defensas, lo que no sucedería en

⁴ Francisco PILO, *La represión en Badajoz*, F. Pilo, Badajoz, 2001

noviembre, momento en que ya habían llegado material ruso y las primeras brigadas internacionales. Pero Franco obedecía a intereses políticos y sabía que la sonora liberación del Alcázar, con una preparada visita que fue recogida profusamente por fotógrafos llamados al efecto (son famosas las fotos pateando las ruinas junto a Moscardó), junto con las maniobras de sus ayudantes y, sobre todo, de su hermano Nicolás (que apenas se mencionan en el libro), le permitiría ser ascendido no solo a la jefatura suprema militar sino a la política. Ese acto militar le permitió cobrar un prestigio enorme, movilizar a miles de simpatizantes y que su nombre fuese jaleado como nunca en Cáceres, poniendo en bandeja su cooptación como caudillo en las reuniones celebradas en Salamanca a fines de septiembre.

Pues bien, una vez más P/P hacen caso omiso de esta versión aceptada ya por casi todo el mundo de la historia y buscan argumentos militares para explicar tal dislate militar. Ante todo dicen que la decisión de desviarse hasta Toledo estaba inspirada en la guerra de Marruecos, en concreto en el recuerdo de Annual y en el error de dejar atrás posiciones abandonadas. No se basan en ningún testimonio ni fuente; lo afirman sin más. Pero obviamente no tenía nada que ver ni los contendientes, ni la guerra, ni la geografía, ni nada. Ciertamente las columnas de Franco no eran muy fuertes para atacar Madrid, pero nuestros autores olvidan que el avance desde el sur hubiese obligado a los republicanos a retirar sus fuerzas de la sierra de Guadarrama que contenían a las columnas de Mola, lo que permitiría a éstas avanzar hacia la capital. Franco, que hasta ese momento había avanzado desde el sur con facilidad, confiaba ciegamente en que la demora de tiempo no le impediría entrar en Madrid. La capital caería, simplemente, al encontrarse copada entre dos fuegos y aún sin los refuerzos y apoyos que recibiría dos meses después. Luego se vio que fue víctima de un exceso de confianza pues se estrelló en la capital después de no valorar la importancia que tendría la ayuda soviética, que comentó con los italianos, lo que parecen ignorar nuestros autores cuando afirman en la página 175 que “Franco....no fue consciente de ello...hasta los últimos días de octubre”.

Se pueden añadir algunos detalles más que restan categoría al texto. Cuando se habla (página 178) del lugar en donde se realizaron las reuniones para la cooptación de Franco como jefe supremo, comentan que fue en “un edificio de madera a las afueras de Salamanca”. En realidad fue en la finca del ganadero Antonio Pérez Tabernero; una diferencia significativa con un simple barracón. Una página después se habla de “intrépidos voluntarios musulmanes”, lo que supone un ridículo calificativo elogioso. ¿No eran intrépidos los otros combatientes? ¿Solo los musulmanes? ¿Y los brigadistas?

En la página 180 P/P afirman que tras la toma de Toledo se dieron “una serie de ejecuciones de republicanos”. Llama la atención lo suave de la expresión ante la dura realidad de que fue un baño de sangre, como reconoció el mismo Yagüe o el jesuita Alberto Risco. Es conocido el testimonio de varios periodistas sobre los charcos de sangre que había en la ciudad una semana después y que reflejaba los fusilamientos en masa, incluyendo heridos del hospital Tavera, que pueden elevar a varios cientos (quizás unos 800) los asesinados tras la liberación del Alcázar, en respuesta a los 222 que habían cometido los republicanos sobre los acusados de derechistas. Luego en los siguientes párrafos se nos va hablando de la ideología que va inspirar al régimen de Franco. Insisten P/P en su gran componente religioso pero nunca emplean el término “nacionalcatolicismo”, que está casi unánimemente aceptado en la historiografía a la hora de definir el componente católico, clerical y profundamente reaccionario. Hablan de tradicionalismo, de espiritualidad, de profunda religiosidad, pero de ningún concepto que evoque la gran semejanza que con el fascismo o el nazismo tendrá la ideología franquista de estos años.

En el capítulo 7, **La forja de una dictadura (1936-1939)**, P/P aluden al famoso incidente de Unamuno en Salamanca en donde vuelven a reflejarse unas omisiones importantes. Esconden, por ejemplo, que la indignación del rector de Salamanca el 12 de octubre de 1936 no fue debida principalmente a los discursos escuchados, sino a la represión que en los meses y semanas precedentes había enviado al paredón y a la prisión a amigos suyos como el alcalde de Salamanca, dirigentes del Frente Popular así como a ilustres profesores de la universidad, entre ellos el antiguo rector o a su amigo el pastor protestante Atilano Coco que también sería fusilado sin causa judicial poco después, sin que las insistentes peticiones de clemencia que hizo ante las principales autoridades sublevadas sirviesen para nada. Fue la indignación por la represión (los fusilados sin juicio están perfectamente identificados) y no los discursos escuchados, los hechos y no las palabras, lo que enervó a Unamuno pero de eso nada se dice en la obra de P/P. Es más: hablan del apoyo del filósofo a los sublevados, pero no del arrepentimiento tras ver la magnitud de la represión, que semanas después dejó claro en testimonios públicos y privados. ¿Por qué esconden estos datos ya conocidos de los últimos meses de la vida del ilustre vasco? ¿Por ignorancia? ¿Por otros motivos?

Poco después los autores nos sorprenden afirmando que la detención de José Antonio Primo de Rivera fue arbitraria, sin ninguna aclaración ni apoyo a esta afirmación. Dejando aparte la veracidad exacta de si estaba en posesión o no de las armas, motivo por el que fue detenido, es evidente, sabido y reconocido por todos que era un conspirador activo y constante contra la República desde hacía años, así como que había impulsado a los militantes de Falange a acciones violentas desde hacía tiempo. También es evidente, y reconocido, que los falangistas estaban en posesión de armas y que habían actuado como pistoleros contra militantes izquierdistas. También que hasta el último momento antes del golpe de estado estuvo enviando circulares de apoyo a los militares que se iban a sublevar, prometiendo apoyo. Es evidente que era un traidor a la República. Afirmar que fue una detención arbitraria es presentar a la República, una vez más, como un régimen en donde no se respetaba la legalidad y a Primo de Rivera como una víctima del sistema y no un antisistema, que es lo que en verdad era. Luego, cuando se habla de su fusilamiento se afirma que su ejecución fue cruel, sádica, sin citar la única fuente que afirma este dato que no es otra que el testimonio oral de un presunto testigo, un falangista uruguayo llamado Joaquín Martínez Arboleya muerto en 1984, que nadie ha sido capaz de contrastar o confirmar, y que únicamente ha citado en su obra el escritor José María de Zavala⁵. Nadie había dicho esto antes del año 2011, pero nuestros autores se quedan con la única biografía del fundador de la Falange que afirma este dato, obviando las demás que no relatan este punto de crueldad gratuita en su ejecución. El hecho de que sea el único testimonio sobre este detalle hace que la veracidad de tal fuente oral sea más que sospechosa. La historia oral por sí sola no es válida, si no está apoyada por otras fuentes más sólidas e incontrovertibles.

El capítulo 8, **La victoria en la Guerra Civil (1936-1939)**, versa exclusivamente sobre las operaciones militares. Comienza hablando de que el fracaso sobre Madrid sería el único error importante de Franco durante toda la guerra; algo falso pues en caso contrario la contienda hubiese acabado mucho antes y con menos costes humanos y materiales. Lo cierto es que Franco dirigía sus fuerzas como si se tratase de la guerra en África y como si su enemigo fuesen los rifeños. Como bien explicaron sus contemporáneos alemanes e italianos, era un militar primitivo acostumbrado a una guerra primitiva, colonial, por lo que fue un militar muy torpe. El mismo general Solchaga en unas

⁵ José María ZAVALA, *La pasión de José Antonio*, Plaza y Janés, Barcelona, 2011

memorias que nuestros autores también citan, pero que evidentemente no han leído, denuncia varios errores importantes de Franco en la guerra que no fueron determinantes para el resultado final, porque el nivel militar en las filas republicanas era tan bajo como el propio o incluso más.

Ya hemos comentado el episodio del Alcázar de Toledo, que si bien le reportó grandes beneficios políticos militarmente fue un error porque dio tiempo a los republicanos a fortalecer Madrid. Ciertamente la llegada de las brigadas internacionales y de armas soviéticas fue decisiva para la defensa de la capital. Pero también lo fue el exceso de confianza que tenía Franco. Tanta era que ya se habían designado alcalde y concejales, tribunales de justicia y que Franco estaba a punto de llegar a Carabanchel para preparar su entrada triunfal en Madrid, con itinerario previsto y detallado incluido. Además puso en evidencia que la doctrina del ejército podía ser útil en campo abierto y en lucha contra las *harkas* rifeñas, pero no en ciudades en donde los altos edificios, los muros y las barricadas, en los que podían ubicarse perfectamente cientos de ametralladoras. Es obvio que la ofensiva de Franco hubiese precisado de un apoyo aéreo y artillero mucho más intenso, de más reservas de hombres, de más apoyo logístico, etc. pero el general estaba acostumbrado hasta ese momento a que los republicanos huyesen como conejos o a que fuesen fácilmente vencidos. La resistencia de Madrid fue, por tanto, una gran sorpresa inesperada que no supo superar. Sin embargo es patético leer los elogios al Caudillo por parte de nuestros autores, en unas palabras que son ridículas convirtiendo la pobreza en virtud y el fracaso en éxito cuando comentan su reacción ante el fracaso contra la ciudad: “Su calma imperturbable y su confianza en sí mismo se transmitieron a su equipos de colaboradores...” ¿Acaso le quedaba a Franco otra solución que aguantarse y buscar otras vías de avance militar? ¿Calma imperturbable o simple resignación?

P/P argumentan que Franco no podía hacer otra cosa que ir poco a poco, pueblo a pueblo. Niegan que ello fuese debido a su deseo de exterminar a toda oposición y aducen, como prueba, que las ejecuciones a partir de 1937 no habían dejado de disminuir. Pero los datos son tozudos y fueron miles los fusilados en la provincia de Málaga con sus estremecedoras fosas y en todo el frente norte, todo ello conquistado a lo largo de 1937, así como en las ciudades y pueblos tomados luego en 1938 y, obviamente en 1939. Lo que hacía era seguir aplicando la lógica africanista, del Rif, e ir enclave a enclave machacando toda resistencia y extirpando toda raíz enemiga. Son decenas los testimonios que nos han llegado de militares contemporáneos que hablaban de los errores militares de Franco, reiterados varias veces, que no hicieron otra cosa que hacer mucho más lenta la evolución de la guerra. Se había unido su incapacidad militar a su interés por aniquilar al enemigo metódicamente. Era una guerra política y para Franco era tan o más importante la victoria política como la militar, y esa solo pasaba por erradicación de la ideología democrática e izquierdista que requería una expurgación metódica de la disidencia, lo que significaba el simple exterminio de sus más destacados militantes. Lo curioso es que nuestros autores se contradicen, pues un par de páginas después reconocen que tras la conquista de Málaga hubo 4.000 ejecuciones y un mínimo de 2.000 en Asturias.... ¿Dónde queda la moderación de la represión de la que hablan?

En un paso más de la cadena de falsedades, en la página 228, llegan a afirmar que “hubo escasos bombardeos sobre las ciudades” por parte de la aviación durante la guerra. Los datos son sabidos; hubo ataques sobre centenares de núcleos urbanos republicanos que causaron unos 10.000 muertos a lo largo de toda la guerra (diez veces más de las causadas por la aviación republicana), siendo tristemente famosos no solo Guernica, sino Barcelona, Madrid, Valencia, Alicante, Tarragona, Castellón,

Cartagena, Granollers, Orihuela, y un largo etcétera que se cebó preferentemente en Valencia y Cataluña. Recordemos que fue en la guerra civil cuando por primera vez se ponían en práctica las teorías del italiano Giulio Dohuet, que basaban la victoria en causar el terror desde el aire, buscando que la población civil exigiese la rendición de sus autoridades para poner fin a las carnicerías. En este punto es escandalosa la falta de referencia bibliográfica a la obra de cabecera sobre este punto que no es otra que el libro de Solé i Sabaté i Vilarroya⁶

Cuando P/P llegan al episodio de la batalla de Teruel vuelven a reconocer (¿en qué quedamos?) un nuevo error de Franco al empeñarse en reconquistar a todo trance la ciudad, en un combate de terrible agotamiento, por la mera cuestión de ser la única capital de provincia que se había perdido por parte de los “nacionales”. Sin embargo omiten un detalle muy significativo sobre la mentalidad vengativa y cruel del caudillo, que no fue otro que la condena a muerte del coronel Domingo Rey d’Harcourt, quien estaba al mando de la guarnición rebelde, acusado de traición por haberse rendido. Franco quería un nuevo Alcázar de Toledo, un Oviedo o una Santa María de la Cabeza, pero no estaba dispuesto a aceptar ni perdonar la rendición de sus hombres por muy desesperada que fuese su situación.

Después, ya en plena batalla del Ebro, los autores vuelven a reconocer que todos los asesores de Franco criticaron su obsesión de reconquistar palmo a palmo el terreno perdido, llevando a la muerte inútil a más de seis mil de sus hombres. Era evidente que teniendo encajonado a lo mejor del ejército republicano entre Gadesa y el Ebro, se podía atacar por las llanuras de Lérida hacia Barcelona, venciendo con mucha mayor facilidad en Cataluña. Sin saber cómo excusarle P/P elucubran sobre las posibles razones de Franco. ¿No habíamos quedado que el único error había sido el fracaso ante Madrid? La realidad es tozuda. El Caudillo era militarmente muy limitado, sin visión estratégica, en donde lo más importante era su prestigio que para él pasaba por no perder un palmo de tierra y reconquistar todo lo perdido, aunque fuesen pedruscos sin importancia e implicasen la pérdida de miles de vidas. No le importó que su ego costase tantas si con ello afianzaba su liderazgo y prestigio ante los suyos y, de paso, exterminaba la plaga de los combatientes enemigos.

Ya entrados en los últimos meses de la guerra, el libro no resiste a caer en el viejo tópico hoy totalmente superado de Negrín como agente de Moscú, ignorando y sin citar en ninguna parte las obras de Miralles, Moradiellos y Viñas, que son los estudios más actualizados al respecto⁷ Siguen empeñados en presentar al jefe de gobierno como un mero títere obediente de Stalin cuando ha quedado más que demostrado que su voluntad de prolongar la guerra se basaba en enlazarla con la que ya preveía que se iba a desatar en Europa y de esta manera implicar a Francia e Inglaterra como aliados. Ciertamente Negrín dependía de la URSS, pero obligado por el abandono de las democracias occidentales, no por vocación ni convicción. Sabía que la guerra estaba perdida, pero aspiraba al menos a una retirada ordenada que salvase el mayor número de vidas del exterminio al que Franco estaba sometiendo a los vencidos. Con

⁶ Josep Maria SOLÉ I SABATÉ, Joan Vilarroya. *España en llamas. La guerra civil desde el aire*, Temas de hoy, Barcelona, 2003.

⁷ Enrique MORADIELLOS, *Negrín. Una biografía de la figura más difamada de la España del siglo XX*. Península, Barcelona, 2006.

Ricardo MIRALLES, *Juan Negrín: la República en guerra*, Temas de Hoy, Barcelona, 2003

Angel VIÑAS, su trilogía sobre la República en guerra, Crítica, Barcelona, 2006-2009.

esta aspiración acabó el golpe de Casado y los suyos, una simple traición contra el gobierno legítimo que los autores tratan de justificar. Obviamente no aparece la palabra “traición”, ni “golpe”, ni “conspiración” y se citan las memorias de Casado como fuente fidedigna cuando hoy es sabido que, como tantas memorias, tienen un simple motivo autojustificativo de algo que es imposible de justificar pues fue un fracaso. Recordemos que la represión no se atenuó en nada, se facilitó la tarea exterminadora de Franco y los jefes golpistas tuvieron que huir de España sin poder volver jamás o, si lo hicieron como el mismo Casado, fue en condiciones humillantes. Ciertamente fue un ingenuo, pero un ingenuo traidor a la República. Otra vez brillan por su ausencia las referencias a los estudios más recientes sobre el colapso final de la República en donde se deja muy clara la actitud de Casado y los suyos⁸.

El capítulo termina con un resumen sobre las causas de la victoria de Franco, todas matizables aunque insistiendo en la capacidad de su liderazgo como una de ellas, lo cual es abiertamente cuestionable. También caen en el simplismo y falsedad de valorar la guerra como una simple lucha entre la revolución y la contrarrevolución, obviando la evidencia que Franco y los suyos no buscaban solamente el fin de las ideas revolucionarias. Para ellos la causa primigenia de todos los males eran el liberalismo, la misma democracia, el sistema parlamentario que consideraban que había sido la incubadora que había permitido el desarrollo de las ideas socialistas y revolucionarias. Franco y los suyos eran fascistas en líneas generales, porque eran antidemócratas y antiliberales, lo cual dejaron claro desde el primer día. Odiaban la misma democracia que veían como la madre de toda idea revolucionaria. Por tanto acabar con ella era el requisito básico para extirpar las tesis izquierdistas.

En el colofón P/P comparan la guerra con la de la Independencia de 1808 en cuanto a coste humano. Ciertamente la guerra contra Napoleón fue mucho peor, pero olvidan que el carácter civil de la contienda provocó que la guerra prosiguiese, aunque de otra forma, durante toda la dictadura. Las heridas abiertas entre españoles tuvieron, y aún tienen desgraciadamente, una perduración y hondura que no tienen la guerra entre naciones. Da sonrojo a estas alturas recordar lo mucho más terrible que es para un país una guerra entre hermanos, que no las que enfrentan a un país con otros y en las que, una vez acordada la paz, vuelven a sus tierras sin mantener ninguna convivencia. Por último P/P vuelven a hacer mención de las cifras de la represión. Si bien hay acuerdo en que aproximadamente las cifras del terror rojo fueron unas 50.000, nuestros escritores siguen ignorando las cifras hoy demostradas del terror azul, muchísimas más elevadas. No les da vergüenza alguna afirmar simplemente que en este se mató algo más, sin concretar mínimamente, equiparando casi por igual la violencia de republicanos y sublevados. Es aquello de que los dos fueron malos, los dos cometieron excesos y, por supuesto, Franco siempre tuvo buenas intenciones aunque a veces se equivocase o se excediese en su celo.

Lamentable falta de rigor en resumen, pero ¿qué otra cosa se puede esperar de una obra cuyo objetivo es simplemente reivindicar la figura de Franco? No estamos ante un libro de historia, sino ante un panfleto de propaganda.

⁸ Ángel VIÑAS y Fernando HERNÁNDEZ, *El desplome de la República*, Crítica. Barcelona, 2009.